

Un día en la vida de un analista vincular

CARLOS PACHUK

En este encuentro me acompañan algunos interrogantes y juegos de palabras: en las travesías clínicas ¿qué travesuras me hace la transferencia jugar? y ¿por cuáles atravesamientos de época, culturales y paradigmáticos estoy afectado con el paso de los años?

Los días martes empiezo la jornada laboral con una pareja que busca desesperadamente un hijo luego de seis intentos fallidos de fecundación *in vitro* en cuatro años de tratamiento. Asombra pensar que hace veinte años estas técnicas eran poco frecuentes y prácticamente no veíamos ningún caso. Me encuentro con un vínculo desolado, el marido descreído y ella con un cuerpo agotado por el bombardeo hormonal, la extracción de óvulos y la implantación de embriones. La indicación de los especialistas si ellos deciden continuar es la ovodonación.

Comparto un clima de mucha angustia, pienso en la tragedia o el drama, la primera no tiene solución, el segundo conduce a un desenlace que puede ser tanático (fantasías de cáncer, divorcio o deterioro crónico). Me juego por lo imposible de la tragedia que al menos sirve para elaborar la castración. Formulo una sola pregunta: ¿Cuáles son los límites que están dispuestos a soportar?

Concibo el consultorio como un espacio común de teatro y taller y un analista que oscila entre actor y artesano inmerso en una temporalidad paradójica donde coexisten el tiempo cotidiano de Cronos y el Kairós, tiempo súbito de la transformación.

En las primeras entrevistas evito la urgencia por conocer, la incertidumbre y la confusión pueden ser virtudes en ese momento inicial,

percibo el tono de las voces, intensidades, gestos y actitudes y sugiero una apertura empática que permita la circulación de ideas, costumbres y formas de vida diferentes.

Continúo con un paciente poco estimulante para la mañana: Cristian es un depresivo crónico con rasgos paranoides, y que siempre habla de lo mismo: persecuciones en el trabajo, desvalorización profesional e interminables conflictos de pareja y de familia.

Encuentro dos posibilidades de contacto a través del fútbol (es fanático de Racing) y el mate que compartimos y que genera un clima de intimidad y aceptación de su persona, pero eso es todo, luego de varios años de tratamiento descarto la posibilidad de transformación, se trata de “hacer el aguante”. Cuando se descompensa planteo entrevistas de pareja para ordenar el campo.

Cristian representa a aquellos pacientes que no pueden modificarse, vienen a sostener lo que tienen pues detrás del cambio se abre el abismo, elaboro entonces una estrategia gatopardista, que algo varíe para que todo siga igual, esto significa para mí soportar una gran frustración pues solo las circunstancias de la vida pueden aportar algo nuevo. Tampoco está para el alta ¿hasta cuándo seguiremos trabajando juntos?

Son concurrentes eternos que no pueden dejar de atenderse y que, cada tanto tiempo van rotando por los consultorios, pero que no es conveniente abandonarlos, les queda entonces un margen de decisión y libertad en el cambio de terapeuta que uno debe convalidar.

A veces me pregunto cuántos personajes represento en el consultorio, para responder a la ética de lo singular que nos compromete el caso por caso.

Recuerdo a D. Liberman que proponía con cada paciente practicar el estilo complementario y ahí surge Zelig que imita todos los discursos, jugar a Zelig resulta muchas veces la única posibilidad de hacer transferencia, significa en la clínica identificarse con el paciente en un primer movimiento de apertura, maniobras preliminares en la actividad del analista diría mi amigo Ricardo Gáspari y en un segundo tiempo convertirse en intérprete del teatro de B. Brecht con el distanciamiento que permite simbolizar.

Luego me transformo en ortodoxo con Raúl, mi analizante de diván, en los tradicionales cincuenta minutos, técnica que, según comentarios

de mi otro amigo, Daniel Waisbrot, produce cierto descanso y al menos me permite mirar las plantas de mi balcón mientras escucho el relato.

Raúl es un hombre de mediana edad, con rasgos neuróticos obsesivos, exitoso profesional y muy inhibido en la vida amorosa. Como es un eximio jugador de tenis le hablo de sus problemas en ese lenguaje: le digo respecto a su dificultad en acercarse a una mujer “vos fallás en el primer saque, te cobran doble falta” o bien “perdés en el *time break*” en relación a sostener el ritmo de una relación pues termina fracasando ante la primera dificultad. Con estas ocurrencias mías nos divertimos un poco pero no son suficientes para su rigidez, decido ampliar el dispositivo e incluirlo en un grupo terapéutico.

Señalo la simultaneidad de encuadres como tema a discutir. A veces combino individual con familia o grupo, trato de evitar la conexión pareja e individual por el tema de los secretos, si lo indico por excepción aclaro al paciente que no aceptaré restringir la información de temas ocultos al otro miembro de la pareja. Pero la mayoría de las veces trabajo con colegas. El primer modelo concentra la transferencia. El segundo apunta a disociarla en dos terapeutas, es un manejo artesanal descubrir el encuadre mas favorable para cada paciente.

Entonces llega Elvira acompañada por su madre, quien realizó dos intentos de suicidio con pastillas y por esa razón no podía indicarle antidepresivos ni sedantes a pesar de su estado de angustia, nos encontrábamos en un círculo vicioso. Prefiero verlas juntas aunque desconfío de una *folie á deux* que no se puede interpretar. Recorro, entonces, a la cuestión del chamán, concepto que desarrolló Usandivaras donde asoman los aspectos mágicos de la transferencia, transformándose el consultorio en un lugar sagrado. Realizo mi mayor travesura, me escucho decir una frase plena de certeza “si confiamos en nuestra alianza no va a pasarte nada” o algo así.

Sabía que era una maniobra arriesgada y que podía salir mal, pero funcionó como una creencia que le otorgó consistencia al yo de Elvira y sus síntomas disminuyeron.

Quien haya trabajado con psicóticos conoce estas operaciones que fomentan el crédito en la transferencia religiosa.

Repasemos un poco las diferentes máscaras del analista: Zelig, Brecht, Lampedusa, Chaman, pienso que no se puede separar la

psicoterapia del psicoanálisis vincular, como en aquella desafortunada frase sobre el oro y el cobre.

Respecto de la contranferencia, rescato la noción de Marcos Bernard como pactos singulares con los roles adjudicados por el paciente. ¿Por qué a algunos le toleramos deudas o ausencias y a otros no?

Pero hay un personaje que debemos evitar: el Dr. Pangloss, criatura de Voltaire que se encarga de justificarlo todo, cree que el orden establecido existe porque es natural y existe porque siempre existió. Este analista ve al paciente como un cliente, y la pregunta “que desea” no tiende a investigar su inconsciente sino como el vendedor de shopping apunta a decirle lo que quiere escuchar.

Es la hora del primer grupo, “de los mayores” todos por encima de los sesenta años, son cinco varones y tres mujeres, antes los veía como lejanos en edad, ahora son próximos. Percibo en el clima grupal que el tiempo se torna finito, se trata de cómo investir el futuro aún con la metáfora de la muerte, traducida en enfermedades, pérdidas y ausencias. El cuerpo erotizado va cediendo su lugar al cuerpo biológico. La apuesta terapéutica es que la fantasía y el deseo se desplieguen en nuevos proyectos, así trabajo con sus historias personales y con la situación grupal, es decir lo que sucede entre ellos y conmigo incluyendo el humor para paliar el dolor y la angustia. Me pregunto ¿Es posible a esta altura de la vida seguir produciendo sujeto múltiple?

Observamos en los ejemplos clínicos la apuesta por la palabra y el sujeto. Un proyecto analítico es una praxis que apunta a interpretar para transformar e instituir condiciones nuevas de producción de vínculo y de subjetividad.

Si bien la complejidad nos convierte en interdisciplinarios; respecto de la relación con la filosofía, es importante diferenciar los saltos de nivel y las confusiones que el traslado de los conceptos al psicoanálisis puede ocasionar.

La crítica a la representación cuestiona la idea aristotélica de adecuación del signo a la cosa, no existe tal adecuación porque no hay unidad simple a la cual arribar que no sea partible y esté relacionada con otra. Hasta ahí acuerdo con la deconstrucción.

Sin embargo, para el psicoanálisis la representación es una forma de funcionamiento del psiquismo junto con lo irrepresentable y la

presentación. Si cuestionamos la representación, no tendríamos el desfiladero de la palabra para trabajar en un lenguaje fonético como el nuestro.

Vayamos al tema del sujeto que empieza con Heidegger y su “carta sobre el humanismo” y continúa con Foulcault y la “muerte del hombre”, aunque se trata de la crítica al sujeto cartesiano el posmodernismo deriva en un sujeto pasivo que se ausenta o es impotente.

Esto se contrapone con el trabajo analítico donde intentamos construir sujeto múltiple o cuanto menos sostener al Yo. En este punto hay un abismo entre la deconstrucción y la clínica vincular, si adherimos a las ideas de disolución de la subjetividad quedamos desarmados como terapeutas. Dejo estos temas librados a la discusión.

Rescato la apuesta de conjugar el deseo con la libertad en el sujeto. La libertad, dicho en términos sartreanos, es la posibilidad de decidir y nos remite a un sujeto activo a pesar de sus condicionamientos inconscientes, que otros autores continúan con la noción de responsabilidad. Se trata de sostener la razón aún jaqueada por el acontecimiento y la concepción de sujeto aún descentrado e inconsistente.

Para terminar, me refiero a la noción de objeto, el filósofo A. Badiou propone romper el binarismo sujeto-objeto, luego en su operatoria sostiene al sujeto y declara a que todo objeto es contingente.

Pero, desde el psicoanálisis, autores como Green plantean que objeto y pulsión van juntos porque la pulsión tiene como fuente los objetos primordiales que son necesarios, y quizá sean contingentes los modos en que se arma lazo.

Llega la noche y con ella el grupo de los jóvenes veintiañeros: son artesanos, músicos, estudiantes y taxistas que suman ocho integrantes con mayoría de mujeres frente a los varones (cinco a tres). Quique y Stefi cuentan historias sobre “las tribus urbanas”, aunque ya no pertenecen a ellas: traen anécdotas de transformistas, *darks*, anarcopunks, libertarios, obelos y megan, que transcurren por boliches y *pubs* como Amerika, Transformación, Caricias y Lumps, mientras ingieren drogas diversas: pastis, bicho, poper, nevado, merca y pasta base y el sexo *all inclusive*, escenas de un mundo dionisiaco de goce extremo.

Me siento como un monje budista mirando por los ventanales de mi consultorio.

Estas experiencias, que algunos han transitado en forma aislada, funcionan en el grupo como una fantasmática y una cultura que comparten, aunque no la actúen de ese modo. Los vínculos conducen a la pulsión de muerte, cuando la otredad se torna objeto y el goce no tiene tope.

En mis intervenciones apunto a generar una praxis del sujeto con los otros en un clima de deseo y libertad, que muchas veces el grupo acompaña en forma vital y plena de humor.

Entiendo que esta generación, con sus propios códigos, busca diferenciarse de los padres y lucha por un lugar en el conjunto social a través de recuperar el valor cultural del trabajo, tema no menor.

Así termina el día, me acompañaron mis maestros junto con los magos, brujos y hechiceros para combatir la pulsión de muerte.

¿Acaso la implicación del analista no es todo esto? La pasión por ese deseo advertido de analizar, las travesuras que inventamos y que mantienen activo el encuentro con tantos otros, el estar ahí, otra vez, cada vez.

Al fin y al cabo, es la vida que elegí.